

## ¿Es posible que vaya a tener tanta suerte?

Uno de los momentos más tensos en la UNED es sin duda el día del sorteo de plazas para las salidas a examinar, sobre todo si eres miembro de la comisión de tribunales de exámenes de la facultad. Sentada en una mesa alargada, frente a cerca de cien personas reunidas en una sala relativamente pequeña, inquietas como niños y con los nervios a flor de piel. “¿Cuál es mi número?” “¿Qué destinos han salido?” “Quiero Ponferrada primera semana.” “Lo siento, ese destino ya se ha elegido.” “Pues espera, tengo que pensar. Decidme, ¿elijo Elche o Denia?” “Por favor, hay profesores esperando aún. Dese prisa.”

Y llegó mi turno. Cuando eres miembro de esa comisión para lo último que tienes tiempo es para estar atenta a los destinos que quedan cuando te toca elegir a ti. Me paré, miré el listado de destinos y lo vi. El Hierro. “¿Seguro que nadie ha elegido El Hierro? ¿Es posible que vaya a tener tanta suerte?” Siempre había deseado poder ir a examinar a una isla como El Hierro. Otros compañeros que habían estado examinando allí contaban bonitas experiencias: mar, sol, pocos estudiantes. “¡Pues me voy a El Hierro!”

Una de las oportunidades interesantes que ofrece la UNED es la posibilidad de viajar por trabajo a lugares que nunca has visitado antes. Ilusionada, me puse a indagar sobre la isla y a buscar vuelos. Aprendí que para llegar a El Hierro había que volar primero a Tenerife y allí coger un pequeño avión. Una vez en la isla, tendría que alquilar un coche para poder trasladarme del hotel al centro asociado. Hice la maleta, en la que no podía faltar el bañador, y me dispuse a salir para el aeropuerto.

Era domingo. Una vez en Tenerife, subimos a bordo del ATR 72, una aeronave que utiliza turbohélices para poder despegar y aterrizar en pistas muy cortas, y que nos llevaría cual autobús a esta pequeña isla. ¡Nunca me había montado en un avión tan pequeño! Esperábamos sentados el momento del despegue, pero este no llegaba. De repente se oyó la voz del capitán: “Señores pasajeros, este avión es muy sensible a los cambios de temperatura. Acaba de subir la temperatura dos grados, por lo que tendremos que esperar a que baje. Si ese no fuera el caso, tendríamos que deshacernos de parte del equipaje para que así el avión pueda despegar.” Entonces empecé a darme cuenta de lo que podía suceder si mi maleta se quedaba en Tenerife. Era el último vuelo a El Hierro hasta el día siguiente. “¿Llevo cepillo de dientes? No, está en la maleta. ¿Llevo ropa de repuesto? No, está en la maleta. ¿Llevo pijama? No, está en la maleta. ¿Llevo

maquillaje? No, está en la maleta.” Intenté pensar en algo positivo, pero de nuevo se oyó la voz del capitán: “Señores pasajeros, la temperatura exterior no solo no ha descendido, sino que ha subido un grado más. Tendremos que bajar algunas maletas.” “Azafata, por favor, mi maleta no se puede quedar en Tenerife. Voy a trabajar. Mañana debo estar en el centro asociado de la UNED muy temprano.” “Lo siento, las maletas se sacan de forma aleatoria.” “¡Pero señorita, esta gente vive en El Hierro y tiene pijama en su casa, y peine, y ropa interior!” Nada. Miré por la ventanilla y vi cómo bajaban algunas maletas, pero no la mía. “¡Qué alivio! Pensemos en positivo. Todavía hay esperanza de que vaya en la bodega”.

Por fin despegamos. Aterrizamos en El Hierro con varias horas de retraso. El aeropuerto estaba ya prácticamente cerrado a pesar de que eran las siete de la tarde. Todos los pasajeros corrimos hacia la minúscula cinta transportadora con una misma esperanza. Ante nuestra sorpresa, lo único que salió de las bodegas del avión fueron varias jaulas con gallos de pelea. “Pero ¿cómo han podido meter a los gallos en el avión y dejar mi maleta en Tenerife? ¿A quién se le ocurre?”

Para mi desgraciada, la oficina de alquiler de coches también había cerrado. Me puse a buscar un teléfono al que llamar y, después de media hora, la chica encargada bajó desde Valverde a entregarme el coche. “Perdona, ¿hay algún sitio donde poder comprar algunas cosas de primera necesidad?” “¿Hoy domingo? Imposible. En Valverde está todo cerrado.”

Me dirigí al hotel donde conocí a la otra profesora que examinaría conmigo durante la semana. Venía en el mismo vuelo y su maleta también se había quedado en Tenerife. A la mañana siguiente ambas nos dirigimos al centro asociado con la cara lavada, la ropa del día anterior y sin querer quitarnos las gafas de sol. Aprendimos que Valverde, aún siendo la capital, no tiene muchas tiendas donde comprar ropa, y que es muy aburrido estar en una isla sin bañador. Y así estuvimos dos de los cinco días en la isla. Cuando finalmente llegaron las maletas, pudimos disfrutar de la isla, sus piscinas naturales y su sol además de trabajar, por supuesto.

Estos casi dos años de pandemia nos han impedido poder salir a examinar, pero pronto volveremos a la normalidad. ¡Nos esperan grandes aventuras!

Inmaculada Senra Silva

